

Mass media y psicopatología: violencia, sexo y drogas*

Souza y Machorro Mario¹

RESUMEN

Introducción: Las actividades informativo-promocionales, especialmente las derivadas de insaciables intereses lucrativos, influyen el universo cultural con un diverso y nocivo impacto que hoy, asumido inercialmente, impide a las comunidades distinguirlo, merced a la inadecuada visualización de la salud mental comunitaria que difunden. Se adiciona a su interés mercantil una grave psicopatología y la manipulación de los vectores de socialización. Ante tal fenómeno, los miembros de la sociedad, inequitativamente preparados para percatarse de tan deletérea influencia, tampoco están aptos para erigir una razonable defensa. Los grupos científicos y su representación social promueven educación para la salud y sus aspectos psicosociales: educación sexual, contra la violencia y el consumo de drogas, y actividades en favor de la familia. El analfabetismo científico contribuye al insuficiente manejo de la salud, por lo que precisa adecuar la información científica y su apropiada comunicación social, además del sistemático esfuerzo analítico del impacto del mass media sobre poblaciones vulnerables, que por tal influencia exhiben conductas antisociales, autoagresividad/heteroagresividad y demás comportamientos "de búsqueda de sensaciones intensas" (deportes extremos, patrones de consumo abusivo y/o dependencia de psicotrópicos, conducción de vehículos a alta velocidad, promiscuidad y violencia sexual, portación de armas, robos en tiendas, vandalismo, etc.), con miras a aplacar estados emocionales derivados del vacío existencial, frustración e insatisfacción vital, desesperación, enajenación, caos y tendencias suicidas de muchos miembros de ciertas subculturas juveniles. **Conclusión:** La responsabilidad de la educación y la salud mental de la población infantojuvenil reclama una participación más enérgica y decidida de todos quienes formamos la sociedad.

Palabras clave: Mass media, psicopatología, violencia, uso/abuso de drogas, educación sexual.

Rev Mex Neuroci 2006; 7(4): 340-349

Mass media and psychopathology: violence, sex and drugs

ABSTRACT

Introduction: The informative-promotional activities, especially those derived from insatiable lucrative interests, influence the cultural universe with a diverse and harmful impact, which today, inertially assumed, prevents the communities from distinguishing it because of the inadequate view of the community mental health that they present. It is added to his mercantile interest, a serious psychopathology and the manipulation of all the vectors of socialization. Before such a phenomenon, the members of the society, inequitably prepared to notice so noxious influence, are not also suitable to raise a proper and reasonable defense. The scientific groups and their social representation promote education for health and their psychosocial aspects: sexual education, against violence and the consumption of drugs, and activities in favor of the family. The scientific illiteracy contributes to the insufficient handling of health for which it is necessary to adequate scientific information and its appropriate social communication, in addition to the systematic analytical effort of the impact of mass media upon vulnerable populations, which for such an influence exhibit antisocial conducts, self and hetero aggression and other behaviors "in search of intense sensations" (like extreme sports, excessive consumption patterns and/or dependency on drugs, fast driving, promiscuity and sexual violence, carrying of weapons, store robbery, delinquency, etc.) with the purpose of appeasing emotional states derived from the existential gap, frustration and dissatisfaction, desperation, alienation, chaos and suicidal tendencies of many members of certain juvenile subcultures. **Conclusion:** The responsibility of education and the mental health of children and young population claims a more energetic and decided participation of all those who constitute the society.

Key words. Mass media, psychopathology, violence, use/drug abuse, sexual education.

Rev Mex Neuroci 2006; 7(4): 340-349

* Reunión internacional "Globalización, enajenación y carácter". Instituto Mexicano de Psicoanálisis, A.C. (IMPAC). México, D.F. 8-10 de junio, 2005.

1. Psiquiatra, psicoterapeuta y psicoanalista. Fundador de la Sección Permanente de Sexología Médica de la Asociación Psiquiátrica Mexicana, A.C. Subdirector de Hospitalización y Proyectos Clínicos. Centros de Integración Juvenil, A.C.

Correspondencia:

Dr. Mario Souza y Machorro

Correo electrónico: souzaym@prodigy.net.mx

Mientras persista un esquema de divulgación social enajenante, alienador de la autoconciencia y falseador de la realidad, que impulsa la violencia, la sexualidad patológica, el consumo de drogas y los actos antisociales, combinados con la irreflexión de la gente, su deficiente preparación al efecto y nula ponderación de los mensajes, es iluso esperar el desarrollo de una función personal, vincular y social saludables.

INTRODUCCIÓN

Existe una clara aunque volátil confluencia entre información social, cultura y psicopatología que no suele ser identificada por la mayoría de las personas. Pero de observarse, tal confluencia es reconocible como proveniente de todos los vectores de socialización, no sólo de la escuela, la familia o las amistades en forma aislada, sino de su conjunto.¹ Participan en ello muy especialmente los medios masivos de información, equívocamente llamados de comunicación, pues de acuerdo con la "Teoría de la comunicación humana" de Watzlawick, para serlo han de cumplir con la condición que la define: la circularidad entre emisor y receptor –vía canal–, misma que no se establece con la sola emisión de un mensaje, como suponen quienes así la denominan. Como quiera que sea, la indeseable confusión de los contenidos de los mensajes (llamados actualmente "info-merciales"), diverge en muchos casos de la verdad y deviene en un serio obstáculo para detener el desarrollo de procesos mórbidos que impactan indistintamente el desarrollo personal, familiar y social.²

Debido a las nuevas y cambiantes situaciones cotidianas que se viven en las grandes urbes y todos aquellos conjuntos gregarios a donde fluye la información –particularmente en el mundo cada vez más globalizado–, se requiere que padres y educadores seleccionen de forma adecuada la información que reciben las personas, y a la vez, disponer de una guía familiar que permita convenientemente el enriquecimiento cultural de la población infantojuvenil en la materia, bajo la premisa de informar o simplemente entretener –lo cual no riñe con educar–, sin afectar su salud mental.³

A partir de la preocupación de mejorar los contenidos de la información comunitaria a través de los medios y transformarla en acción social educativa y eficaz dirigida a la salud mental –y de modo especial a la sexualidad–, entre las personas en crecimiento se han desarrollado en muchas partes del mundo, diversas actividades que determinan el grado de validez y conveniencia de los mensajes, en relación con las distintas materias, que incluye la enseñanza saludable de las poblaciones escolarizadas. Así, por ejemplo, los grupos científicos y sus representaciones sociales han mostrado su presencia en cursos, foros, talleres y todo tipo de actividades destinadas a comunicar contenidos especialmente diseñados para promover y mantener la educación para la salud, disseminando ciertos contenidos escogidos de sus materias, como los psicosociales, biológicos y sociolegales en torno a salud sexual, contra la violencia en todas sus manifestaciones y a favor de la familia y su insustituible papel for-

mativo-cohesivo de la trama social.⁴ Los profesores participantes han llegado a múltiples conclusiones, de entre las que destaca la necesidad de profundizar y mantener el contacto con los grupos especializados, toda vez que se considera que los grupos sociales tienen muy distintos niveles de conocimiento de la ciencia y su enfoque de los problemas individuales-colectivos.³ Al respecto, se señala la existencia de una especie de analfabetismo científico que predomina en la mayor parte de las comunidades, las cuales, impulsadas por la información promovida por el *mass media*, si bien se enteran de ciertos descubrimientos y noticias relevantes de la actividad científica, ignoran el contenido y orientación que da cuerpo a tales trabajos y por tanto, su correcta aplicación. Tal chabacanería, como afirma Carlos Fuentes al referirse a cierta difusión noticiosa responsable de la "vanalización de la cultura", deriva del incompleto e incorrecto manejo del conocimiento a manos de los comentaristas y conductores de los medios, salvo algunas honrosas excepciones. Ello se muestra, por ejemplo, en la forma como se habla del genoma humano, que tan a menudo y fuera de contexto se asocia al fenómeno de la clonación, como algo que puede *per se* incidir en la vida de las personas, y obviando sus aspectos preventivos y terapéuticos, se quiere colegir como "una seria amenaza a la estabilidad de pueblos y países". En esa dirección, los científicos se han pronunciado en contra de considerar que la noticia, especialmente la científica, sea sólo "una noticia" sin aplicación ni beneficio, dado el mal manejo –no tan infrecuente– que se le da, lo cual refleja insuficiente conocimiento y asesoría respecto de los temas que divulgan, amén de la incorrecta forma en cómo lanzan "al aire" sus mensajes. Nótese, por ejemplo, que muchos comunicadores distorsionan el lenguaje con extranjerismos o que presentan la información noticiosa con imprecisiones y defectos gramaticales (uso indebido de adjetivos como verbos, uso inapropiado de preposiciones, o conjugación de verbos sólo en presente y pasado, entre otras muchas pifias). De modo que la insustituible labor de "puente" entre la información científica y su adecuada disseminación a la comunidad, es una tarea aún por consolidar, que reclama un periodismo científico de mejor presencia y calidad. De ahí, por ejemplo, que algunos escritores e investigadores participen periódicamente en la labor informativa y que, por otra parte, en la literatura mundial se desarrollen diversos trabajos de investigación dirigidos a revisar el impacto del *mass media* sobre las poblaciones vulnerables.³

DESCRIPCIÓN

Los distintos grupos de trabajo aludidos también han mostrado interés en ubicar y describir los esfuerzos educativos, las políticas que los dirigen y contenidos científicos que los integran, para hacer de las "cápsulas informativas" o de los programas, adecuados mensajes de utilidad instructiva. Para abordar mejor esos temas, además de proveer el contexto histórico comparativo en el que se enmarcan las acciones, la literatura ha logrado categorizar las distintas investigaciones por las fuentes que representan, tales como televisión y cine, música y videos de rock, publicidad, juegos de video y de computadora e Internet, todos ellos en su carácter de elementos integrantes de la dieta diaria de la población infantojuvenil de casi todos los países de nivel socioeconómico semejante al de México.³ Así, desde el punto de vista histórico, cabe enfatizar que la revisión del tema ha sido del interés de los profesionales de la salud mental en distintos países.^{5,6} Las investigaciones realizadas a lo largo de 20 años⁷ mostraron los múltiples efectos de la TV sobre la cognición y conducta de los jóvenes, que abarca un amplio espectro: desde temas como el desarrollo cognitivo y la obesidad, hasta la conducta agresiva y la violencia, el consumo de drogas, el suicidio, la actividad sexual y la promoción de estereotipos, entre muchos otros. Desde este enfoque, la investigación se ha orientado sobre la TV y el cine, básicamente a través del análisis de sus contenidos y patrones, bajo la premisa de una amplia aceptación social promovida por el interés comercial de ellos, respecto de la cual, afirman: "los niños se benefician de su observación, pues ganan conocimiento, aprenden conductas y sistemas de valores, altamente significativos, debido a tal exposición". Sin embargo, conviene destacar que tales sistemas axiológicos ajenos a los nuestros, no necesariamente adaptables a nuestra idiosincrasia, ni mejores que los nacionales, de pronto los hace cuestionables. Considérese, a guisa de ejemplo, el impacto de los medios sobre la población recipiendaria de ciertos mensajes, que en 1996 la Asociación Americana de Médicos produjo la Guía Médica para la Violencia en los Medios,⁸ en la que se planteó el correlato entre exposición al *mass media* y el desarrollo de conductas violentas, y que llevó a los profesionales a desarrollar actividades específicas, dirigidas a instruir tanto a los pacientes como a sus familiares, respecto de cómo manejar los contenidos provocadores que tan menudo observan, con miras a disminuir los brotes epidémicos de violencia.⁸ Más tarde, al evaluarse el impacto creciente de tal fenómeno, se ha podido entender y clarificar, merced a varias acuciosas revisiones⁹ que detallan las investigaciones, artículos

populares, publicaciones gubernamentales y sondeos y encuestas sociales disponibles. De modo que aglutinar los datos permite conocer *grosso modo* el papel que juegan familiares, profesionales de la salud y la educación y personal que labora en los medios, así como las posibles soluciones que sugieren las autoridades involucradas en el problema. En esa dirección, la Academia Americana de Pediatría publicó las políticas y recomendaciones que consideró pertinentes, en relación con las investigaciones realizadas, el efecto educativo de los medios sobre niños y jóvenes, el impacto de la música y los grupos de rock, los videos y demás materiales, la sexualidad normal, la importancia de la anticoncepción juvenil, y la TV y la publicidad destinada a grupos infantojuveniles.³

También se han diseminado esfuerzos por parte de otros organismos de salud y educativos, a causa de su preocupación por neutralizar los deletéreos efectos sobre la población menor, que junto con otros países como Canadá, Gran Bretaña, Australia y algunos de Latinoamérica, han diseñado temas curriculares para insertar en la currícula de la educación elemental, así como políticas gubernamentales para informar adecuadamente acerca de este preocupante problema de la desinformación educativa –y, en su caso, contraeducación–, producida por los medios.³

Desde la década de los noventa, la aparición de varios textos sobre el tema, ha hecho que las distintas sociedades científicas colaboren en la tarea educativa, cubriendo varios ángulos,¹⁰ y cuyo debate ha aparecido en las revistas científicas, como reflejo de la preocupación de los investigadores como D. Zillman,¹¹ uno de los autores más representativos de la sociedad estadounidense de los últimos años, quien ha extendido sus estudios y comentarios a los efectos eróticos y pornográficos que muestran los materiales regularmente exhibidos en los medios. En el mismo tenor, dice J. Gimón: "existe una indefinición conceptual entre los términos: erotismo, lascivia, obscenidad y pornografía, por lo que es preciso señalar la confusión entre lo psicopatológico y lo ideológico a la hora de evaluar los posibles perjuicios de la pornografía sobre los jóvenes y sobre la dignidad de la mujer".¹² De ahí que se torne altamente recomendable que los profesionales de la salud en sus distintos niveles de actuación, colaboren lealmente con los sistemas asistenciales al enfrentarse a estos fenómenos, siempre que los programas en que intervienen no choquen con sus concepciones éticas. Y como es muy frecuente asociar la pornografía a la violencia sexual y a toda clase de delitos, los padres, educadores y profesionales de la salud se muestran indecisos a la hora de adoptar posturas más o menos tolerantes o represivas ante este fenómeno, impul-

sados por una presión social desmedida. Luego entonces, la dificultad deriva de una indefinición conceptual, de una confusión entre lo psicopatológico y lo ideológico, y de una reticencia de los estudiosos del tema, a adoptar posturas moralistas en nuestras sociedades, que se pretenden laicas, democráticas y permisivas. Como quiera que sea, existen datos sobre la posible nocividad de la pornografía que, aunque no son definitivos científicamente, hacen recomendable que en este tema y quizá en otros similares, los profesionales adopten una postura de prudente reserva.¹²

En relación con la TV y el cine, dos interesantes revisiones publicadas en los noventa¹³ examinaron 28 trabajos relacionados con la violencia mostrada por niños y adolescentes vinculados a la exposición de estos medios, y analizados en sus conductas e interacciones sociales posteriores. Los autores concluyeron que la exposición a los materiales violentos que regularmente proyectan, aumenta las interacciones violentas con extraños, con los compañeros de clase e incluso con los amigos. De igual forma, el análisis de 217 estudiantes entre 1957-1990, enfatiza la participación televisiva en la producción de conductas violentas y antisociales.^{1,14} De las personas que participaron –con rangos de edad entre tres y 70 años–, 85% de ellos se ubicó entre 6 y 21 años, y su análisis reveló una significativa correlación entre la exposición al material violento y la producción de conductas agresivas sin importar la edad, aunque se mostró menos violento el personal cuanto menor era su edad, tal como ocurrió entre niños preescolares. Así se corroboró la presunción de que el efecto sobre los varones se torna casi siempre ligeramente más pronunciado que en las mujeres. Los efectos eróticos y erótico y violento combinados, fueron mayores que lo apreciado en los programas, con la notoria consecuencia de producir conductas sexuales indiscriminadas y de riesgo, que se asumen *ipso facto* en la vida actual y que permanecen aún en la vida futura.^{15,16}

Por su parte, las investigaciones en torno a la TV se justifican ampliamente con tan sólo señalar que son los niños los que más tiempo gastan en ello –más de 21 horas por semana–, y que este medio alcanza a las poblaciones de menor edad de la comunidad.¹⁷ Además, la rápida proliferación en el mercado tecnológico en los últimos años de la videograbadora, la expansión de la TV por cable y los canales de películas, incrementaron dramáticamente la diversidad de las audiencias juveniles y sus familias, lo que ha contribuido a la pérdida de la distinción entre TV y cine,¹⁸ incorporando ambas en un solo elemento indistinguible, la experiencia audiovisual (grabada o fílmica) en sustitución parcial o total de la realidad, lo cual –he aquí lo gra-

ve– es un subestimado aunque insidioso y constante factor patogénico de gran influencia en la vida cotidiana de esas audiencias. Este psicopatológico fenómeno colectivo, aunque se ha menospreciado a lo largo de los años en muchos grupos socioculturales como el nuestro (por falta de apropiada discriminación supeditada a la ignorancia con la que se juzga, y que promueve su conformidad), es tan inadecuado como el concepto de “normalidad” que pretende establecerse con ello, merced a su sola cotidiana presencia. Muchos profesionales de la conducta y educadores disienten patentemente al respecto: normal y saludable en este caso no son sinónimos.⁴ De ello deriva, precisamente, que en torno a la violencia y la agresividad, se hayan realizado investigaciones *ex profeso*. Tal es el caso de un acucioso estudio que examinó más de 10,000 horas de programación de una amplia variedad de canales, TV por cable y TV regular a todas horas del día de tres años consecutivos (1994-1997), el cual señaló una particular consistencia en los resultados año con año, con una alarmante cantidad de violencia.¹⁹⁻²¹ Las estimaciones indican que cada observador que estuviera en ese lapso, recibió por lo menos 10,000 escenas de actos de violencia por año. Así se señaló que:

- a) Sesenta y uno por ciento de los programas tienen algún tipo de contenido violento.
- b) El tipo y contexto de violencia fue igualmente consistente cada año.
- c) Veintiséis por ciento de las interacciones violentas exhibidas ahí involucraron armas.
- d) Treinta y ocho por ciento de los actos violentos fueron cometidos por agresores “atractivos”, es decir, personas cuya apariencia y personalidad prototípica de la cultura, los presenta como objetos “ideales para la identificación”.
- e) Más de 50% de los actos violentos no mostraron pena, dolor o molestia asociada a la violencia.
- f) Setenta y cinco por ciento de los actos violentos exhibieron una flagrante ausencia de pesar, remordimiento, arrepentimiento o crítica por la violencia cometida.
- g) Contrario a lo esperado, 41% de las acciones destructivas se acompañaron de humor o indiferencia por el dolor causado a otros.²²

Las conclusiones del estudio indicaron que la violencia televisiva contribuye en forma determinante a producir conductas antisociales en los observadores. Que los tres efectos primarios que aparecen al observar violencia televisiva son el aprendizaje de las actitudes y conductas agresivas; la insensibilización frente a la violencia y el miedo a ser victimado en forma violenta, por otros. Claro está, se considera que no todos los actos de violencia observados son

del mismo grado ni representan el mismo riesgo de producir efectos dañinos.²¹

Por otro lado, con base en la experiencia acumulada en el manejo de casos, se considera que las consecuencias de la violencia televisiva a lo largo de la vida en los próximos 20 años, calculadas por mediciones estimativas, indican que los niños expuestos a ella mostrarán, cuando sean adultos, algún recuerdo activo incorporado a su estilo de vida. Véanse por ejemplo, los estudios que compararon los índices de homicidio en Sudáfrica antes de la llegada del televisor en 1975 y en 1987, respectivamente, que indican que de 2.5 por 100,000 se incrementaron a 130% con cifras de 5.8 por 100,000. A partir de tales resultados los autores del estudio hipotetizan que de no haberse introducido la TV a esa comunidad, las cifras de homicidios, violaciones y delitos agresivos ligados al consumo de psicotrópicos muy posiblemente permanecerían en el marco de una prevalencia menor.²²

Otras consecuencias de la exposición a la TV entre la población infantojuvenil, señaladas en la literatura a través de investigaciones *ad hoc*, son respecto de la presencia de pesadillas, alucinaciones, ansiedad generalizada, miedo a estar solo y sentimientos de temor a lo desconocido, sentimientos ansiosos, abandono de amistades y faltas repetidas a la escuela y/o abandono escolar definitivo, entre otros traumas psíquicos.²³ Las personas que refieren preferencia por programas de acción y peleas, son precisamente quienes reportan más altos niveles de estrés y presentan a la vez una más amplia variedad de conductas violentas. Por ejemplo, en los adolescentes la exposición video-fílmica se ha ligado a la presentación de conductas de riesgo contra la salud,²⁴ referentes tanto al consumo de pornografía y la realización de conductas sexuales sin protección específica, como al consumo de psicotrópicos legales (alcohol, tabaco) e ilegales (mariguana, cocaína, etc. y sus combinaciones),^{25,26} desafío a la autoridad, robos de diferente índole, abandono escolar, práctica de buceo y deportes extremos, y conducir autos a alta velocidad sin permiso de los padres y/o de sus propietarios, entre otros. De hecho, tales conductas se incrementan estadísticamente en las poblaciones que más frecuentemente escuchan radio y observan programas de TV, usan videojuegos u observan películas televisadas. Todo ello sin considerar otros elementos participantes en este fenómeno, como el de que no se cuente, o bien, se desatienda la guía educativa de los padres y/o educadores; el nivel educativo, género u otras recomendaciones para la selección de los programas.^{25,26}

Otro importante asunto relacionado con el tema, es la promiscuidad sexual que resulta de la observación continua de la TV, la cual fue señalada

atinadamente en distintos trabajos internacionales de los últimos años. Kundel demostró la presencia de algún tipo de contenido sexual en más de 50% de los programas. Y cuando se trata de una programación integrada por los denominados "*prime shows*" la cantidad estimada asciende a 66%. De este porcentaje, sólo 9% presenta algún posible riesgo o responsabilidad por la conducta sexual o alude a la anticoncepción, protección o medida de seguridad para la prevención de embarazos juveniles no deseados. Así, 76% de los jóvenes que observaron material televisivo en la encuesta, convencieron a su autor de que la razón personal para el despliegue de algún tipo de conducta sexual, es el modelo a seguir que se propone implícitamente, a causa de la forma y facilidad con la que se ve hacerlo en la TV y las películas.²⁷ Paralelamente, la afectación propinada a las relaciones familiares e interacción, también se ha derivado de los estudios *ad hoc* de los observadores de TV,²⁸ estudiándose esencialmente el tipo de abordaje para la solución de los problemas interpersonales y su repercusión familiar, y los conflictos (ya entre hermanos, entre padres y entre padres e hijos). En este punto se puede observar claramente otro ángulo del problema, pues se obtiene a través de los sondeos, la presencia de celos, envidias, rivalidad familiar y las distintas e inadecuadas formas de solucionar los conflictos. Las investigaciones en tal sentido han venido mostrando, por ejemplo, que más de 30% de las situaciones de conflicto involucran a padres e hijos, 19% a los esposos y 13% a los hermanos. De ahí que las estrategias integrales de salud en la actualidad, consideren que la enseñanza de modelos de conducta saludable influye en la forma de abordar y resolver los problemas, prescindiendo propositivamente de los métodos o procedimientos violentos y/o problemáticos. Asimismo, los investigadores consideran inadecuada para la salud vincular de las personas, la existencia de modelos televisivos que aportan conflictiva familiar, celos, posesividad, individualismo, autosatisfacción y falta de respeto por la autoridad familiar, representada por los padres o la persona de más edad en la familia (*Los Simpson* y otros), y a cambio muestran una patente tendencia los procedimientos de solución individualista de los conflictos, como la manera más "adecuada" para el comportamiento familiar y psicosocial. En otros casos, de manera no infrecuente, se promueve abiertamente el uso de la violencia para "terminar con los problemas",²⁹ en lo que podría llamarse una "solución" adecuada (al modo de Don Corleone, "El Padrino").

La respuesta de temor a la violencia fue señalada en la literatura desde los años ochenta.²⁹⁻³³ Se sabe que la mayor parte de los niños expuestos a películas de terror reaccionan posteriormente de

modo negativo al material, aunque una porción de ellos las observa deliberadamente, lo cual podría tomarse como método contrafóbico para “manejar” sus miedos y “entender” con un impacto esperado (conocido), y a la vez obtener una experiencia emocional intensa, subestimando o minimizando los efectos a mediano y largo plazos, que le traerá dicha exposición. La experiencia ha permitido documentar que las respuestas al miedo intenso debilitarán en lo sucesivo el aparato emocional de defensa contra los actos violentos, por lo que algunas personas se harán cada vez más susceptibles de sucumbir al material agresivo intenso, debido a la falta de discriminación apropiada entre lo imaginario y lo real, que se funden en una sola vivencia psíquica, trascendente paradójicamente, debido a su carácter patógeno.^{33,34} Y si tales temores no son removidos apropiadamente –vía psicoterapia, experiencias neutralizantes satisfactorias, etc.–, se estima que pueden ser imperecederos sus efectos, y participar negativamente en la estructuración de la vida psíquica de los niños en su momento y después, al crecer.

Por otra parte, la música de rock y los videos musicales son materiales que se han convertido apresuradamente en mensaje explícito y directo, tanto en sus reiteradas alusiones y representaciones del uso de drogas, como en la obligada relación enfermiza que exhiben con la actividad sexual mediada por la violencia, como el elemento central de tal excitación anormal, es decir parafilia.^{1,35} En tal sentido, existe evidencia documental acerca de que dichos materiales participan de la exaltación de la violencia y, por tanto, de su insensibilización, la promoción de papeles sexuales estereotipados y la aceptación indiscriminada de conductas de alto riesgo para la salud. Además, han promovido la moda (“tattoo”) de los tatuajes, las perforaciones en distintas porciones del cuerpo (“body piercing”) como orejas, nariz, labios, mentón, mejillas, ombligo, pezones, genitales u otras superficies corporales del tronco y extremidades) y demás acciones que subestiman el respeto al cuerpo humano, exponen su integridad ante el uso de agujas compartidas frente a enfermedades transmisibles (como el VIH/SIDA) y lo agreden, deformándolo caprichosamente, en una inconsciente y alienante forma de autoagresión pretextada en pro de su adorno, que resulta en algunos casos perenne, cuando no drástica y aberrante.

Actualmente son muchas las investigaciones que correlacionan tal preferencia musical con la turbulencia emocional de los jóvenes –que muy lejos del calmarlos, los excita–, y con el suicidio y otras conductas destructivas que a menudo –sin ser una regla–, se ligan a patrones de consumo abusivo y/o dependencia de psicotrópicos, a la conducción de

vehículos a alta velocidad, promiscuidad sexual, robos en tiendas y vandalismo, etc. Los resultados de algunos estudios señalan que la asociación entre los mensajes del movimiento del rock se asocian con conductas activas y destructivas de tipo delincuencial, como la nociva y frecuente portación de armas de fuego por menores,³⁶⁻³⁸ conceptuadas sólo como “de búsqueda de sensaciones intensas” frente a situaciones o estados emocionales derivados del vacío existencial, la frustración e insatisfacción vital, la desesperación, enajenación, caos y las tendencias “naturales” al suicidio,³⁹ que han sido considerados por algunos autores, como elementos presentes y constantes en esta subcultura juvenil.

Ahora, en relación con la publicidad televisiva, cinematográfica y editorial de productos como el alcohol y tabaco, que en forma sistemática –desde su inicio a mediados del siglo pasado– se ha enviado a las poblaciones juveniles, cabe señalar que se trata de una muy exitosa estrategia que inescrupulosamente ha producido cuantiosos resultados económicos. Baste señalar que tan sólo en los EUA durante 1993 se gastaron seis billones de dólares en publicidad,^{40,41} de lo cual se infiere que tal dispendio promocional debe poder influir a los jóvenes en la compra de los productos que promueve, porque de lo contrario no se explicaría tal intencionalidad de gasto, como en el caso del tabaco y el alcohol, que los invita, reta o persuade reiteradamente a consumir.⁴²⁻⁴⁴ En materia de bebidas de contenido alcohólico, desde los años ochenta se ha documentado ampliamente en la literatura una significativa correlación entre ese tipo de publicidad y la modificación de creencias, actitudes y conductas destinadas a favorecer su consumo.⁴⁵⁻⁴⁷ Más tarde en los noventa, se consolidó el conocimiento de los efectos de la publicidad del alcohol sobre los jóvenes,^{48,49} dejando por fin sin pretexto a esa industria, que por muchos años se escudó en “la falta de documentación técnico-científica para modificar sus estrategias de venta”, tanto en relación con las bebidas alcohólicas como con el tabaco. Afortunadamente para la salud pública, en ambos casos la legislación vigente en pro de la salud y el empuje de las organizaciones sociales, las sociedades científicas y demás instituciones involucradas del país, han logrado ciertos importantes avances, que sin ser definitivos, van abriendo la indispensable brecha de la regulación de la publicidad sanitaria que reúne todos aquellos productos y servicios relacionados con la salud.⁵¹ Ese espíritu se recoge en la regulación sanitaria que aporta la Ley General de Salud vigente y la Norma Oficial Mexicana (NOM) en materia de adicciones.

Los estudios aludidos, en su carácter de indicadores indirectos, midieron la cantidad de tiem-

po gastada observando TV, la atención puesta en los comerciales de cerveza, marcas y estribillos publicitarios (*eslogans*), creencias en torno al consumo étílico (positivas y negativas), la intención de beber cuando adultos, los permisos familiares para hacerlo, las facilidades otorgadas a los jóvenes para beber, el consumo familiar de bebidas, los datos sociodemográficos y otras variables relativas a los antecedentes personales de los encuestados. Los resultados indican que los niños con mayor conocimiento de las bebidas, marcas y estribillos publicitarios muestran una mayor tendencia favorable al consumo y, en mayor número, dijeron estar de acuerdo en beber cuando sean adultos. Destaca entre los resultados de esos trabajos, el que los valores psicosociales positivos como el romance, la socialización, la relación y el descanso se asociaron indefectiblemente al consumo de bebidas con alcohol.⁵⁰

Por otro lado, la investigación en esta materia se complementa con la publicidad social hacia el consumo de tabaco a través de un extenso análisis de la publicidad televisiva entre 1990 y 1992, por el estudio de 443.7 horas de transmisión que incluyeron 208 comerciales de cerveza de un total de 685 anuncios de bebidas alcohólicas. De éstos, solamente 10% se orientó a la imagen del producto, el sabor o su calidad; 15% mostró patentemente el reforzamiento del producto al vincularlo con alguna "celebridad" comunitaria, y 37% de los contenidos publicitarios se relacionó con actividades particulares interesantes para los jóvenes como conducir un lujoso automóvil deportivo u otras, tradicionalmente tenidas por "sensuales" y "muy atractivas", como las de tipo acuático. Tanto las imágenes como los temas no incluyeron las recomendaciones emitidas por los organismos científicos que censuran y/o amonestan la publicidad de la industria cuando no describe tales actividades como peligrosas, especialmente bajo el consumo de bebidas de contenido alcohólico y el reforzar las imágenes con gente conocida y respetada, ofrece ostensiblemente un doble mensaje: el falso "beneficio" del consumo, unido al ofrecimiento de "ser" como quien lo anuncia... Ello es especialmente cierto en aquellos comerciales que se dirigen a los jóvenes, pues tales imágenes "de prestigio" en la comunidad, sirven al proceso natural y saludable de identificación psicosocial de los individuos y, por tanto, debe preservarse en el marco del respeto al desarrollo de uno mismo y a los demás.

De modo complementario, en relación con los juegos de video y computadora, baste señalar que, como en el caso de la publicidad televisiva, la industria de estos productos en los EUA dedicó 100 millones de dólares en publicidad en 1985, y que su gasto en 1994 ascendió a 7 billones.^{51,52} En adición,

se hace necesario indicar que en promedio la población infantojuvenil gasta 4.22 horas por semana observando la TV, aunque sólo 50% de los varones juegan videojuegos en comparación con 20% de las mujeres. Así, es indudable que el contenido de los videojuegos se caracteriza por la violencia, como lo demuestra el hecho de que entre 40 y 47% de los videos más populares son violentos en extremo. De hecho, llama poderosamente la atención el que pocos trabajos de investigación hayan examinado los efectos de la industria al respecto, cuyos billonarios gastos en dólares son tan elevados, que indudablemente deben de poseer importantes razones para dirigir sus estrategias de impacto a las poblaciones infantojuveniles.⁵³ En tal sentido, las potenciales negativas consecuencias de los juegos de video ya han sido descritas en su proceso patológico, caracterizando cinco áreas de impacto:

- a) Implicaciones cardiovasculares.
- b) Producción de convulsiones inducidas por la observación constante del aparato de video.⁵⁴
- c) "Nintendinitis".
- d) Preocupación patológica por los videojuegos.
- e) Agresión vs. conducta prosocial.⁵⁴

En consecuencia, el argumento mostrado en la aseveración de que los videojuegos son benéficos para la niñez, porque incrementan la agilidad mental, coordinación y habilidades vasomotoras, etc., sin ser necesariamente falso, no elimina ni disminuye su influencia (vía condicionamiento operante), para afectarlos psicopatológicamente a causa de la violencia a la que los somete. De hecho, de entre muchas citas disponibles en la literatura, tal como se describe en el libro de D. Grossman titulado *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*, de 1996,⁵⁵ el uso de los videojuegos en la industria militar para el entrenamiento de los soldados que irán a combate, es ni más ni menos el mismo que juegan diariamente millones de niños en el planeta. De la mano de ello participa el uso de computadoras y la navegación en Internet, de la que se sabe es usada al menos por 90% de los jóvenes, con promedios de 61% de internautas y sólo un pequeño porcentaje (14%) conformado por quienes afirman que sus padres no les autorizan a usarla.⁵⁶ Considérese al efecto, que en los últimos años se ha señalado en la literatura científica un incremento en el uso de la computadora, especialmente por aquellas personas que la usan como herramienta básica para encontrar nuevas formas de armarse, burlar la ley en alguna forma, producir materiales dañinos (bombas y explosivos) o drogas (a partir de sus precursores) a bajo costo, por lo que ha sido

calificado este tipo de uso impersonal, como anarquista, egoísta, individual y altamente peligroso.⁵⁷ Además, el hecho de que los jóvenes de la presente generación sean más adeptos a las computadoras y al uso de Internet para los más diversos fines, incrementa la preocupación de los familiares, educadores y de la propia sociedad, por las facilidades de acceso al ciberespacio que tendrá claramente un efecto en su crecimiento y desarrollo de potencialidades. Por ejemplo, la cantidad de materiales pornográficos que se encuentra en la red es sencillamente apabullante y puede además demostrarse en cualquier momento. Cualquier persona que teclee la palabra "porno" y dé un "enter", se encontrará con una incalculable cantidad de posibilidades para acceder: un portal, una ventana o miles de páginas a su disposición, cuyos contenidos no disciernen entre sexualidad sana y parafilica. Esta condición, que muy deseablemente debiera en principio neutralizarse de forma profiláctica, a efecto de obtener los mejores resultados educativos, formativos, actitudinales y conductuales, será sin duda determinante del futuro social de las comunidades y por tanto, materia de preocupación en trabajos, análisis y seguimientos posteriores.

DISCUSIÓN

En los últimos años se ha podido documentar, por fin, lo que por mucho tiempo se supo sin corroboración técnica. Así como el daño que ocasiona el humo de tabaco del cigarrillo –consumido por los fumadores y los fumadores pasivos de su entorno– y su estrecha vinculación con la causa de cáncer broncogénico, cardiopatías y otros efectos nocivos a la salud, la sociedad conocía la negativa influencia de la violencia asociada a la sexualidad y al consumo de drogas, exhibido de forma cotidiana en los medios, amén de que todo ello va unido a una poderosa influencia pedagógica que recurre a las más diversas técnicas. Pero sobre todo a sus muy legítimos aunque nocivos objetivos comerciales. Es deplorable que para las comunidades, tales influencias no siempre cumplen los criterios de lo deseable en sentido educativo-formativo, ni tampoco lo que los propios directivos de los medios afirman como su propósito de influencia: el *entertainment*. En tal sentido cabe señalar que el acto de entretener no tiene por qué atentar *a fortiori* la salud mental de su audiencia. Y por otra parte, ese noble acto se enriquecería con sólo adicionarlo de aspectos educativos como los que recomienda la UNESCO, que sin menoscabo de la intención lucrativa (que en ocasiones sin escrúpulos genera comentarios cínicos como el de "televisión para jodidos", que alguna vez expresó el dueño de un emporio televisivo mexicano), avalaría una auténtica actividad al ser-

vicio de la sociedad. Por tanto, es pertinente destacar que la TV, la computadora y sus juegos violentos, la música de rock a la que se hizo referencia y todos los mensajes, convergen de alguna manera en la internalización –como fenómeno psíquico universal–, que induce y mantiene, directa e indirectamente, la conducta humana.

El vertiginoso avance de la tecnología y el intrínseco movimiento asociado al cambio de siglo prevén, dadas las características observadas, un incremento en la diversificación de los aparatos y herramientas de la "diversión" en sentido competitivo, impersonal, antigregario y hostil, que diferencia y distancia a las personas entre sí, y que lejos de promover la socialización y la vida en pareja del *Zoon polikon*, le influye ahondando el argumento defensivo –de su actitud, discurso y conducta– individual y subjetivo. Todo ello es reconocido por los estudiosos del comportamiento como elementos contrarios a la salud, toda vez que son hostiles y afectan los procesos de relación y vinculación adecuados de las personas en crecimiento. Asimismo, el uso excesivo, exclusivo o preferencial de los materiales producidos por los medios, con su contenido característicamente violento y estereotipado acerca de los géneros y plagado de material sexual parafilico, estimula a las personas a consumir drogas psicotrópicas con fines tóxicos, ligadas inextricablemente a una expresión sexual patológica. Esta particular condición: a) documenta la tragedia humana contemporánea; b) afecta la visión infantojuvenil sana del mundo; c) incrementa la tendencia de conductas de alto riesgo a la salud; d) condiciona destructivamente su capacidad para el éxito psicosocial y daña su imagen; e) todo lo cual redundará en relaciones defectuosas, cuya inseguridad y ansiedad inducen el innecesario camino de dislipidia en la ruta de la parantofobia.

CONCLUSIÓN

Los profesionales de la salud, especialmente los encargados de la salud mental de niños y jóvenes, tienden a incorporar una revisión del uso de los medios y su influencia en la evaluación de la salud de estas poblaciones, como parte de su rutina de vida, para hacer las evaluaciones y recomendaciones pertinentes. Con el incremento de la evidencia acerca de la influencia de la publicidad en los medios informativos sobre la salud de los niños y jóvenes, como factor de influencia directa, se asciende a otro nivel antes no considerado, de una deplorable influencia educativa-conductual, por tanto, no debe subestimarse más.

La supervisión adulta de los contenidos y programas que observan las poblaciones en desarrollo, se convierte hoy en una necesidad imperativa y deja

de ser, como en el siglo pasado, una simple y adecuada recomendación de los interesados en la salud mental pública. El costo actual de ignorar el impacto de los medios en la salud mental y física de niños y jóvenes es enorme, no sólo en materia de recursos materiales y económicos que demanda su contienda, sino de la incalculable condición de todo el sufrimiento y el dolor humano que implica y que debe tenderse con toda atinencia. Afortunadamente, tal condición es susceptible de ser prevenida con la participación activa, responsable y efectiva de todos los que formamos la sociedad.

REFERENCIAS

1. Souza y MM. Aspectos médicos y psicológicos de la sexualidad femenina. México: Editorial Trillas; 2000.
2. Souza y MM. Desarrollo psicosexual y educación sexual. *Ginecología y Obstetricia de México* 2004; 72: 475-86.
3. Villani S. Impact of media on children and adolescents: a 10-year review of the research. *J Am Acad Child Adolesc Psychiatry* 2001; 40: 4: 17-34.
4. Souza y MM. Educación sexual: una mirada retrospectiva. *Ginecología y Obstetricia de México* 2003; 71: 195-205.
5. Souza y MM. A propósito de la televisión y la salud mental. *Rev Fac Med UNAM* 1989; 32: 5: 181-256.
6. Souza y MM. Estudios actuales sobre pornografía. *Salud mental* 1981; 4(2): 33-7.
7. Dietz WH, Strasburger VC. Children, adolescents, and television. *Curr Probl Pediatr* 1991; 21: 8-31.
8. Walsh D, Goldman IS, Brown R. Physician guide to media violence. Chicago: American Medical Association; 1996.
9. Strasburger VC, Donnerstein E. Children, adolescents, and the media: issues and solutions. *Pediatrics* 1999; 103: 129-30.
10. Huston AC, Donnerstein E, Fairchild H. Big world, small screen: the role of television in American Society. Lincoln: University of Nebraska Press; 1992.
11. Bryant J, Zillmann D (eds.). Media effects: advances in theory and research. Hillsdale, NJ: Erlbaum; 1994.
12. Wood W, Wong FY, Chachere JG. Effects of media violence on viewers' aggression in unconstrained social interaction. *Psychol Bull* 1991; 109: 371-83.
13. Guimón J. Pornografía y salud mental. Avances en salud mental relacional. Órgano oficial de expresión de la Fundación OMIE. ASMR Revista Internacional On-line 2004; 3(1).
14. Paik H, Comstock G. The effects of television violence on antisocial behavior: a meta-analysis. *Commun Res* 1994; 21: 516-46.
15. Zillman D, Weaver JB. Pornography and men's sexual callousness toward women. In: *Pornography: research advances and policy considerations*. Zillman D, Bryant J (eds.). Hillsdale, NJ: Erlbaum; 1985, p. 95-125.
16. Mullin CR, Linz D. Desensitization and resensitization to violence against women: effects of exposure to sexually violent films on judgments of domestic violence victims. *J Pers Soc Psychol* 1995; 69: 449-59.
17. Nielsen Media Research. 1998 Report on Television. New York: Nielsen Media Research; 1998.
18. Bryant J (ed.). *Television and the American Family*. Hillsdale, NJ: Erlbaum; 1990.
19. Federman J. *National Television Violence Study I*. Thousand Oaks, CA: Sage; 1996.
20. Federman J. *National Television Violence Study II*. Thousand Oaks, CA: Sage; 1997.
21. Federman J. *National Television Violence Study III*. Thousand Oaks, CA: Sage; 1998.
22. Centerwall BS. Television and violence: the scale of the problem and where to go from here. *JAMA* 1992; 267: 3059-63.
23. Joshi PT, Kaschak DG. Exposure to violence and trauma: questionnaire for adolescents. In: *Rev Psychiatry* 1998; 10: 208-15.
24. Klein JD, Brown JD, Childers KW, Oliveri J, Porter C, Dykers C. Adolescents' risky behavior and mass media use. *Pediatrics* 1993; 92: 24-31.
25. Grube JW. Alcohol portrayals and alcohol advertising on television: content and effects on children and adolescents. *Alcohol Health Res World* 1993; 7: 54-60.
26. Grube JW, Wallack L. Television beer advertising and drinking knowledge, beliefs, and intentions among schoolchildren. *Am J Public Health* 1994; 84: 254-9.
27. Kunkel D, Cope KM, Farinola WM, Biely R, Rollin E, Donnerstein E. Sex on TV: a biennial report to the Kaiser Family Foundation (#1457). Washington, DC: The Henry J Kaiser Family Foundation; 1999.
28. Comstock J, Strzyzewski K. Interpersonal interaction on television: family conflict and jealousy on primetime. *J Broadcasting Electronic Media* 1990; 34: 263-82.
29. Cantor J. Studying children's emotion reactions to mass media. In: *Paradigm Exemplars*. Dervin L, Grossberg B, O'Keefe, Wartella E (eds.). Rethinking Communication. Vol. 2. Newbury Park, CA: Sage; 1989.
30. Cantor J. Fright responses to mass media productions. In: *Responding to the screen: reception and reaction processes*. Bryant J, Zillmann D (eds.). Hillsdale, NJ: Erlbaum; 1991, p. 169-97.
31. Cantor J, Hoffner C. Children's fear reactions to a televised film as a function of perceived immediacy of depicted threat. *J Broadcasting Electronics Media* 1990; 34: 421-42.
32. Cantor J, Mares ML, Oliver MD. Parent's and children's emotional reactions to televised coverage of the Gulf War. In: *Desert Storm and the Mass Media*. Greenberg B, Gants W (eds.). Cresskill, NJ: Hampton Press; 1993.
33. Cantor J, Omdahl BL. Effects of fictional media depictions of realistic threats on children's emotion responses, expectations, worries, and liking for related activities. *Commun Monogr* 1991; 58: 384-401.
34. Wilson BJ, Weiss AJ. The effects of two reality explanations on children's reactions to a frightening movie scene. *Commun Monogr* 1991; 58: 307-26.
35. Fedler F, Hall J, Tanzi L. Popular songs emphasizes sex, deemphasize romance. *Mass Commun Rev* 1982; 9: 10-15.
36. Martin G, Clarke M, Pearce C. Adolescent suicide: music preference as an indicator of vulnerability. *J Am Acad Child Adolesc Psychiatry* 1993; 32: 530-5.
37. Durant RH, Rome ES, Rich M, Allred E, Emans SJ, Woods ER. Tobacco and alcohol use behaviors portrayed in music videos: a content analysis. *Am J Public Health* 1997b; 87: 1131-5.

38. Rich M, Woods ER, Goodman E, Emans SJ, DuRant RH. Aggressors or victims: gender and race in music video violence. *Pediatrics* 1998; 101: 669-74.
39. Stack S, Gundlach J, Reeves JL. The heavy metal subculture and suicide. *Suicide Life-Threatening Behav* 1994; 24: 15-23.
40. Report to Congress for 1993 Pursuant to the Federal Cigarette Labeling and Advertising Act. Washington, DC: US Federal Trade Commission; 1995.
41. Sargent JD, Dalton MA, Beach M, Bernhardt A, Pullin D, Stevens M. Cigarette promotional items in public schools. *Arch Pediatr Adolesc Med* 1997; 151: 1189-96.
42. Schooler C, Feighery E, Flora JA. Seventh graders' self-reported exposure to cigarette marketing and its relationship to their smoking behavior. *Am J Public Health* 1996; 86: 1216-21.
43. Pierce JP, Choi WS, Gilpin EA, Farkas AJ, Berry CC. Tobacco industry promotion of cigarettes and adolescent smoking. *JAMA* 1998; 279: 511-20.
44. Altman DG, Levine DW, Coeytaux R, Slade J, Jaffe R. Tobacco promotion and susceptibility to tobacco use among adolescents aged 12 through 17 years in a nationally representative sample. *Am J Public Health* 1996; 86: 1590-3.
45. Atkin C, Block M. Content and Effects of Alcohol Advertising (Report PB-82-123142). Washington, D.C.: Bureau of Tobacco, Alcohol, and Firearms; 1981.
46. Atkin C, Neurendorf K, McDermott S. The role of alcohol advertising in excessive and hazardous drinking. *J Drug Educ* 1983; 13: 313-25.
47. Atkin PP, Eadie DR, Leather DS, McNeill REJ, Scott AC. Television advertisements for alcoholic drinks to reinforce under-age drinking. *Br J Addict* 1988; 83: 1399-419.
48. Grube JW. Alcohol portrayals and alcohol advertising on television: content and effects on children and adolescents. *Alcohol Health Res World* 1993; 7: 54-60.
49. Grube JW, Wallack L. Television beer advertising and drinking knowledge, beliefs, and intentions among schoolchildren. *Am J Public Health* 1994; 84: 254-259.
50. Guisa CVM, Díaz Barriga SL, Souza y MM. Adicciones, Normatividad y Terapéutica. *Psiquiatría* 2004; 20; 3: 23-36.
51. Provenzo EF. Video Kids: Making Sense of Nintendo. Cambridge, MA: Harvard University Press; 1991.
52. Funk JB. Reevaluating the impact of video games. *Clin Pediatr Phila* 1993; 32: 86-90.
53. Dorman SM. Video and computer games: effect on children and implications for health education. *J Sch Health* 1997; 67: 133-8.
54. Ferrie CD, De Marco P, Grunenwald RA, Giannakodimos S, Panyiotopoulos CP. Video game induced seizures. *J Neurol Neurosurg Psychiatry* 1994; 57: 925-31.
55. Grossman D. On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society. New York: Little, Brown; 1996.
56. Princeton Survey Research. Teens and Technology. Princeton, New Jersey: Princeton Survey Research Associates; 1997.
57. McGee J, DeBernardo K. The classroom avenger: behavior profile of school based shooting. *J Am Coll Forensic Examiner* 1999; 8: 16-20.

